

## CAPÍTULO XIV

CORTESÍA Y ETIQUETA—VIDA DIARIA DE LOS TARAHUMARES—ALTA POSICIÓN DE LA MUJER—MODELO DE BELLEZA—INICIATIVA DE LAS MUJERES EN ASUNTOS DE AMOR—ENSUEÑO AMOROSO—CEREMONIAS MATRIMONIALES—NACIMIENTO—INFANCIA.

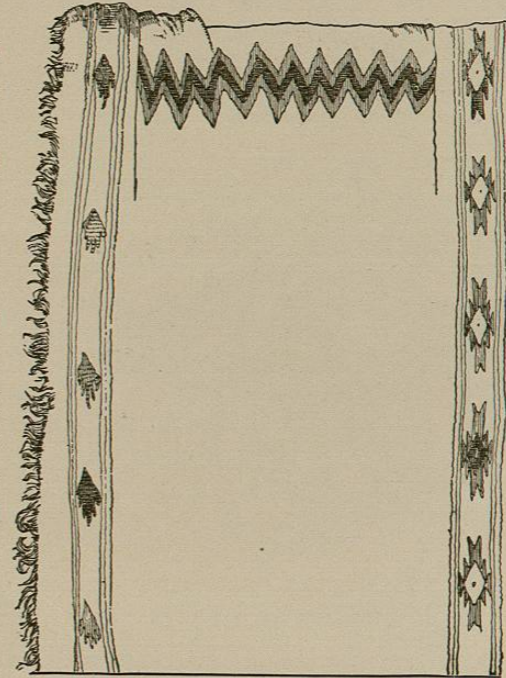
**P**ARA ser bárbaro, el tarahumar es persona muy política. Aun tiene en su lenguaje la palabra "reco" equivalente á nuestras expresiones "Sírvasse V.; Tenga V. la bondad; Hágame V. favor," etc., la cual es de uso constante. Cuando pasa junto á un extraño ó se separa de alguien, advierte lo que hace empleando alguna palabra que lo indique; pero conforme se civiliza, pierde sus buenas maneras.

Á pesar de esto, no es hospitalario, pues aunque comparte su alimento, no admite en su casa á ningún extraño. Los que van á hacer una visita, nunca entran sin dar bastante tiempo á la familia para que se disponga á recibirlos. Cuando se acerca un tarahumar á la morada de un amigo, le obligan las buenas costumbres á detenerse á veces hasta á veinte ó treinta varas de distancia. Si lleva bastante intimidad con la familia, puede aproximarse más y toser para anunciar su presencia, sentándose en seguida generalmente en algún punto alto desde donde se le pueda ver fácilmente. Para no molestar á sus amigos, ni siquiera ve hacia la casa, sino que permanece de espalda ó de lado á aquella, mirando á lo alto. En caso de hallarse ausente el amigo á quien busca, puede sucederle que se esté sentado de ese modo hasta dos horas, tras de las cuales se levanta y se aleja lentamente. Por ningún motivo entra en la casa sin que lo inviten formalmente, pues, según dice, "sólo los perros entran en las

casas sin que los llamen." Jamás cometerá una señora de la familia la grosera falta de etiqueta de salir á decir que su marido se halla ausente, para evitar al que lo busca la molestia de estarlo aguardando, ni tampoco, si ella se encuentra sola, hace la menor indicación.

El tarahumar no emprende nunca nada sin deliberación previa. Así pues, antes de recibir á alguna visita, discute con su mujer, por un cuarto de hora, el objeto posible de aquélla; espían por entre las aberturas de la pared al que llega, y si por acaso están comiendo ú ocupados en cualquiera otra cosa, hácenle esperar por media hora. Finalmente,

el dueño de la casa sacude la frazada en que ha estado sentado, se cubre con ella, y dirigiendo una rápida mirada á derecha é izquierda al pasar por la puerta, va á sentarse á pocas varas del que lo espera. Después de un rato de meditación de una y otra parte, se rompe la conversación, como en las sociedades más civilizadas, con observaciones acerca del tiempo y las probabilidades de lluvia, agotado el asunto, cuando el visitante ha satisfecho la curiosidad del dueño de la casa diciéndole de dónde viene, qué anda haciendo y á dónde va, entra el último en su morada, á tomar



Frazada ó cobija tarahumar.



un poco de pinole y de carne para su visita, cuyo objeto frecuentemente es invitarlo á tomar parte en alguna carrera ó cacería, sobre lo que generalmente llegan á algún acuerdo. Un amigo de la familia, por supuesto, es invitado al fin á



Un tarahumar en visita.

entrar en la casa, siendo el saludo habitual "*Asagá!*" (siéntate). Hay que advertir que los tarahumares miran hacia un lado de la persona con quien están conversando ó le vuelven enteramente la espalda.

Cuando acaba de comer, devuelve el huésped cuidadosamente cada uno de los platos que le han ofrecido, y levantándose entrega también el cuero que le han dado para sentarse. Si la ocasión lo requiere, dirá el que recibe: "Se está haciendo tarde, y no puedes volver á tu casa. ¿En dónde vas á dormir? Hay una buena cueva allá arriba." Con esto indica á quien lo visita en donde puede pasar la noche. También le dirá donde puede hallar leña y le llevará de cenar; pero sólo que el tiempo esté muy tempestuoso invita al forastero á dormir en su casa.

El tarahumar es de hábitos muy regulares para levantarse y acostarse respectivamente á las horas que sale y se pone el sol. Después de dormir sobre un cuero tendido en el suelo, envuelto en su frazada, sin nada en que apoyar la cabeza, á no ser, en ocasiones, una piedra ó un leño, se sienta un rato junto al fuego, que la mayor parte del año se conserva de noche dentro de la casa ó de la caverna. Su mujer le da pinole para que almuerce. Mientras peina sus largos cabellos negros con una penca, suele preguntar á sus muchachos si han ido á ver las trampas que les dijo que pusieran la noche anterior. Echan estos á correr volviendo á poco con algunos ratones. "Aquí están, gritan, pero son muy chiquitos!" El padre, sin embargo, los puede considerar gordos y grandes, y la madre dice afablemente: "Sí están gordos, porque han comido mucho maíz." Pónense los chicos á asarlos, mientras el marido contempla la operación. Por lo regular, los tarahumares disponen muchas trampas para coger ratones, "alimento" á que son tan aficionados, que cuando se civilizan, piden permiso á veces á los mexicanos á quienes sirven, para ir á sus casas á comerlo. Asan los ratones clavándolos en una estaca



delgada. Después de saborear el exquisito bocado que le ofrecen, comunica el marido á su mujer lo que va á hacer en el día. Si sale á perseguir venados ó cazar ardillas, se lleva sus jaras y su arco para los primeros, ó su hacha para las

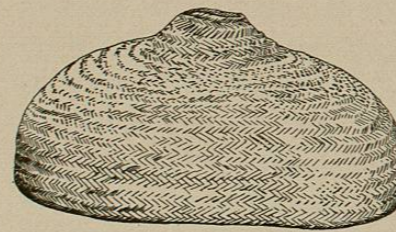


Tarahumar disparando.

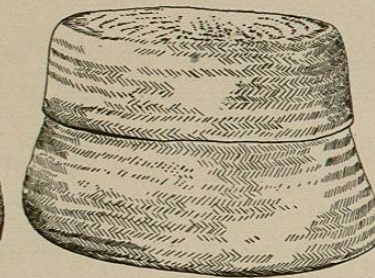
segundas. En primavera, suele ir al campo. También la mujer expone sus planes del día. El trabajo que ocupa la mayor parte del tiempo de las mujeres, es la molienda, y si algún tiempo les queda, dedícanlo á cocer frijoles, á buscar yerbas ó á tejer; pero nunca están ociosas. Atienden concienzudamente á sus obligaciones como cualquiera mujer blanca; siempre tienen algo que hacer y mucho de que cuidar en su limitada esfera.

El marido regresa al oscurecer, con alguna ardilla ó un conejo, ocultos bajo de su cobija para que ningún vecino

lo advierta y quiera que lo convide á comer. Ni cuando sale ni cuando llega saluda á su mujer ni á sus hijos, sino que entra en silencio á sentarse junto al fogón. Le arroja á la mujer, arrodillada junto al metate, el animal que ha cogido, de manera que le caiga en las piernas, á lo que ella prorrumpe "¡Sssssssss!" en señal de aprobación y sorpresa, levanta el animal y lo pondera en los términos más extravagantes: "¡Qué boca tan grande! ¡qué uñas tan largas!" etc. Refiere entonces el marido todo el trabajo que le ha costado coger á la ardilla, cómo se le subió al árbol, cómo tuvo él que derribarlo hasta que el perro se apoderó de la presa, y agrega: "El perro comienza á ser muy bueno para cazar." Concluye diciendo: "y ahora estoy muy cansado!" Pónele ella delante una generosa cena de frijoles, yerbas y sopa de masa que tiene lista, y mientras él come, dedícase ella activamente á limpiar el animal, dejándole la piel, no sólo porque conserva bien la carne mientras se cuece, sino princi-



Altura, 16 cm.



Altura, 18,5 cm.

Cestos tarahumares.

palmente por considerar que tiene mucha substancia que sería una vergüenza desperdiciar.

Cuando el indio está en su casa, y no se halla durmiendo ni comiendo, se sienta á hacer un arco ó algunas flechas; ó tendido de espalda, se entrega á su distracción favorita, que es tocar el violín que él mismo se fabrica. Como todos los indios de México, los tarahumares son muy aficionados á la



música y tienen buen oído. Los primeros españoles que arribaron al país, no encontraron entre los tarahumares otros instrumentos de música que la flauta de caña, tan común en muchas tribus, la sonaja del sacerdote y la rascadera; pero pronto introdujeron el violín y aun la guitarra, instrumentos que saben ahora fabricar todos los indios de México, con madera de ocote y otros ingeniosos materiales que aprovechan á veces con rara habilidad, usando para pegadura el jugo extraído de la raíz de cierto lirio. Como no tienen idea del valor del dinero, frecuentemente venden un instrumento bastante bueno por cincuenta centavos, y hasta por veinticinco.

Al oscurecer, el padre de familia tarahumar se pone más comunicativo, entra en conversación con su mujer, y luego

“Muere el día, las sombras de la noche  
sus alas caer dejan  
como la oscura pluma desprendida  
del águila que vuela.”

Y cuando empiezan á espesarse las sombras, se envuelve más en su frazada é insensiblemente se apodera de él un sueño infantil. Á menudo siente hambre á media noche, se levanta para comer y toma su violín que se pone á tocar por una media hora, hasta que se duerme de nuevo.

Hay en la tribu más mujeres que hombres, las que, por lo tanto, son vistas como de menor importancia, siendo común el decir que un hombre vale por cinco mujeres. Las oraciones de éstas son de menos alcance que las de los últimos, porque ellas sólo le piden á la Luna, deidad que no es tan grande como la de los hombres, que es el Sol. Por esta razón, en todas las danzas, su lugar está detrás del hombre. Ocupa con todo una posición relativamente alta en la familia, y ningún convenio se concluye jamás sin que el marido consulte antes á la mujer sobre el particular. Diré, sin embargo, que en tales ocasiones se pide opinión á todos los

miembros de la familia, aun á los niños más pequeños, y si alguno se opone, no se cierra la operación. En tales casos no queda más recurso al interesado que tratar de influir en el pequeño opositor, no directamente sino por medio de sus padres. Esto da motivo á que se pierda mucho tiempo en los tratos con estos indios. La compra de una oveja bien puede necesitar dos días, y no es raro que requieran toda una semana las negociaciones para adquirir un buey.

El hecho de haber sido gobernadora ó jefe una mujer “porque sabía más que los hombres,” prueba el aprecio que se tiene, aun entre los bárbaros, á las mujeres de inteligencia y de carácter. Dicha india no asumió el título, pero dicese que gobernó con más sabiduría y justicia que muchos de sus predecesores y sucesores. Los casados nunca se muestran su afecto en público, á no ser que estén bebidos. Los padres besan á sus hijos en la boca y en el estómago, y los pequeños se manifiestan su afecto de la misma manera. Algunas veces he visto parejas de enamorados sentarse muy juntos, cogida la mujer del dedo índice del hombre. Ellas son de disposición celosa.

El modelo de belleza tarahumar no se aviene á nuestro ideal clásico ni tampoco se conforma al gusto moderno. Constituyen el primer requisito los muslos gordos, y tanto es así que á las personas bien parecidas se les llama “una buena pierna.” Otro elemento esencial de la belleza es el porte erguido. En la cara, los ojos son lo que más atrae la atención, y los más admirados son “los de ratón,” la mayor alabanza que puede hacerse del aspecto personal de



Joven tarahumar acarreado  
agua.



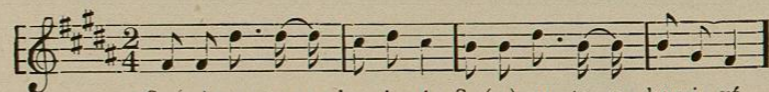
cualquiera. Gustan asimismo de las cabelleras lacias, y consideran muy feo el pelo que se riza en la punta. Pregunté una vez á un buen mozo tarahumar, como debería ser el hombre que más agradara á las mujeres; si debía tener grandes ó pequeñas la boca y la nariz, etc., y me contestó: "Debe ser como yo." Además de los buenos mozos, les gustan á las mujeres de preferencia los que saben trabajar bien, á la manera de las civilizadas que buscan un buen partido.

Pero la riqueza de un hombre no constituye mayor atractivo para las jóvenes. En Nararachic había un viejo, dueño de cuarenta cabezas de ganado y dieciocho caballos, que cuando enviudó, tuvo que vivir con una vieja de mala reputación, porque no hubo otra mujer que quisiera casarse con él.

Las jóvenes gozan de absoluta libertad, menos para con los mexicanos, contra quienes siempre se las precave diciéndoles que las puede enfermar el contacto con tales hombres. Nunca se las obliga á contraer matrimonio sin amor. Una hermosa india fue muy solicitada por un mexicano que hablaba muy bien la lengua tarahumar, quien le ofrecía darle una buena casa, bonitos vestidos y un puñado de pesos. El hermano de ella, que era medio civilizado y, por ende, más corrompido que los demás indios, trataba también de persuadirla á aceptar al rico galán; pero ella exclamó moviendo la cabeza: "*chine olama gacha negalé*" lo que, libremente traducido, significa: "no me gusta ese hombre; el amor se va á donde quiere."

Requieren las costumbres del país el que la muchacha sea quien haga la corte. Es ella tan vergonzosa como el mancebo á quien desea fascinar, pero tiene que tomar la iniciativa en materia de amor. Los jóvenes sólo se encuentran en las fiestas, y cuando ella empieza á sentirse tierna bajo la influencia de la cerveza nativa que en abundancia se distribuye á todos, trata de llamar la atención del mozo bailando delante de él zafiamente y sin cambiar de lugar; pero es tan vergonzoso-

sa que continuamente se mueve de espaldas hacia él. Puede también sentársele cerca, tirarle de la frazada y cantarle con dulce voz alguna sencilla canción amorosa:



Se-(se)-ma - te re - hoy i - rú Se-(se)-ma - te re - hoy i - vá  
Her-mo-so hombre por cier-to, Her-mo-so hombre por cier-to.

Si el caso lo requiere, suelen los padres de la muchacha decir á los del joven: "nuestra hija quiere casarse con tu hijo" y la envían á la casa del mancebo para que se conozcan. Por dos ó tres días, más ó menos, no se hablan uno á otro, pero al fin comienza ella, en juego, á tirarle con guijarros. Si él no le devuelve las pedradas, quiere decir que no le hace caso; pero si se las corresponde, queda segura de que lo ha conquistado. Se quita entonces su cobija, la tira al suelo y echa á correr hacia el bosque, donde no tarda el joven en seguirla.

Cuando á éste le gusta mucho la muchacha, puede suceder que sea él quien tome la iniciativa, pero aun así tiene que esperar hasta que le tire las primeras piedras y arroje la cobija, pues entre los indios, la mujer debe buscar al hombre, la belleza merecer al valor.

Al otro día vuelven juntos á casa, y desde ese momento dejan de esquivarse. Se avisa á los padres de la joven que hagan tesgüino, pues la pareja ya no habrá de separarse, y se da parte á algunos amigos y parientes para que concurran á la boda.

Llegan por la tarde los invitados, quedándose los más fuera de la casa durante la ceremonia; pero el novio y sus padres entran á sentarse sobre cueros tendidos en el suelo. La madre de la joven coloca una gran piel junto á una enorme olla de tesgüino, para que se siente el padre del joven, y una vez que lo ha hecho, el que lo hospeda le ofrece tres jícaras del licor suplicándole que acepte el cargo honorífico de repar-